

---

**San Miguel, Pedro. *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en la Española.***

**San Juan/Santo Domingo: Isla Negra y Librería La Trinitaria, 1997. Pp. 183.**

---

**Mireya Fernández Merino**

*Universidad Central de Venezuela*

**E**sta obra de Pedro San Miguel guía a los lectores, cual hilo de Ariadna, por el laberinto de discursos historiográficos divergentes sobre esa isla fragmentada que es La Española. El oficio de historiador se revela en la vuelta a los orígenes, pero ese viaje a la semilla no es una búsqueda del hecho histórico. La mirada hacia el pasado se recrea en la construcción del discurso, en la forma narrativa en que los datos se han relatado y transmitido, así como la manera de pensarlos, concebirlos y darles significado.

La obra se centra básicamente en el análisis del discurso de destacados cronistas e historiadores de la República Dominicana, como Antonio Sánchez Valverde, Pedro F. Bonó, Manuel A. Peña Batlle, Juan Bosch y Joaquín Balaguer, así como del intelectual haitiano Jean Price-Mars. El tema recurrente es la historia de desencuentros de una isla doblemente aislada dentro de sus propias orillas. Narrar la historia de La Española es relatar las experiencias ocurridas dentro de un espacio escindido por la mirada y la posesión de un otro, de otros: dominicanos y haitianos, españoles y franceses. Un único espacio y a la vez otro, Santo Domingo o Saint Domingue, homonimia que encierra la semejanza y la diferencia. El lenguaje, paradójicamente, permite el acercamiento, la semejanza y, al mismo tiempo, la distancia, la diferencia. Este es el caso de la República Dominicana y Haití.

Desde las primeras páginas, San Miguel deja claro su interés por dialogar con los clásicos, por trascender la mera crítica centrada en la "verdad de los hechos", para revelar cómo las narraciones históricas contribuyen a un imaginario que da vida a una utopía, a

una identidad nacional basada en la diferencia. San Miguel se focaliza en el cuestionamiento del canon histórico, esa historia contada por autores reconocidos cuyo discurso se transforma en palabra divina. Las reflexiones de autores como Michel de Certeau y Hayden White llevan al autor a puntualizar en su introducción el carácter subjetivo de toda selección de datos, toda organización discursiva y narrativa. Así como el escritor de ficción puede privilegiar a través del narrador una visión de mundo, así también el historiador marca, a través de la forma narrativa, la manera de percibir los hechos contados.

En el primer capítulo, "La colonia imaginada: visiones históricas sobre el Santo Domingo colonial", San Miguel señala que la tragedia es la forma narrativa imperante en la historia dominicana. Si bien el autor se limita a un número determinado de autores y obras y a un período específico—la colonia—, logra presentar cómo esos estudiosos de la historia, desde el siglo XVIII hasta el presente, con posiciones ideológicas y políticas disímiles, y pertenecientes a tendencias historiográficas contrapuestas, mantienen una visión trágica de la historia dominicana.

Los hechos privilegiados por los autores son los mismos: la desaparición de la población indígena, las transmigraciones hacia el continente, la importación de mano de obra esclava, la influencia de la Revolución Haitiana, la ocupación de la isla. La diferencia estará marcada por la perspectiva de cada uno de los autores y por su forma de focalizar el debilitamiento de la nación. Por un lado, en el siglo XVIII Sánchez Valverde presenta el pasado colonial desde una visión edénica que privilegia los elementos étnicos y culturales hispánicos, ignorando el elemento afrodominicano, y justifica la decadencia de la élite hispanodominicana debido al olvido de las autoridades españolas hacia sus colonias. Por otro lado, a fines del siglo XIX y principios del XX, Pedro Francisco Bonó pone énfasis en el pueblo y el mestizaje positivo, desde una perspectiva romántica progresista, y ve el declive de la nación como producto de un desarrollo económico injusto. José Gabriel García, también letrado decimonónico, narra los mismos hechos desde sus principios liberales, impregnando el discurso histórico de un contenido moral de oposiciones maniqueas entre el bien y el mal, entre progreso y barbarie.

Los historiadores del presente siglo se han identificado mayormente con la posición tradicional de Valverde, a partir de la idealización de una herencia colonial hispánica, la pérdida de un espacio y tiempo edénicos, y la necesidad de fortalecer el Estado y consolidar la soberanía nacional a base de un proyecto civilizador,

sobre todo de las masas campesinas. De aquí deriva el discurso de Peña Batlle y Balaguer, que resucita la huella española y borra el componente afrodominicano en la formación étnica y cultural, lo que ha contribuido a destacar las diferencias con el vecino del oeste, especialmente durante la gestión política del dictador Rafael Trujillo. Esa narración trágica permea inclusive el discurso de intelectuales como Bosch, para quien el destino aparece desde la época colonial signado por el fatalismo. El estigma del conquistador español, producto de una sociedad de castas y alejado de los principios de la modernización, marca su propio desarrollo y el de sus colonias.

El segundo capítulo, "Discurso racial e identidad nacional: Haití en el imaginario dominicano", subraya ese juego de percepciones en el discurso historiográfico sobre la identidad dominicana. Lo que en primer lugar se perfila como una de las causas de la visión trágica de la historia de Santo Domingo, la necesidad de mano de obra esclava para el trabajo, la presencia haitiana desde la Revolución se erige en esta parte del libro como uno de los aspectos fundamentales para comprender los imaginarios sobre la nación. Aquí San Miguel se ubica en un terreno de arenas movedizas, el problema de la identidad en el Caribe. El autor sintetiza los referentes de la identidad, sobre todo desde la perspectiva de las élites que se autodefinieron tanto como por su condición social, como por su ascendencia. Desde este punto de vista, el otro, para la élite dominicana, era el esclavo-negro-africano. Es a partir de esta imagen del otro que se ha definido el "nosotros" dominicano. De esta manera el dominicano ha perfilado su identidad por oposición a ese otro más cercano, el haitiano.

Retomando algunos de los autores y obras analizados en el primer capítulo, San Miguel se pasea por las diferentes máscaras adjudicadas al haitiano. Así, Sánchez Valverde habla de un otro, el colonizador francés, de su idealización desde el punto de vista económico, convirtiéndose en la utopía de la élite criolla dominicana, sumida en la decadencia social y económica. Para ese autor, el negro es sólo el esclavo, la mano de obra necesaria para recrear el tiempo perdido. Por su parte, Bonó reconocerá en el otro al haitiano revolucionario, al invasor, pero también al facilitador de cambios sociales y económicos. Este reconocimiento, unido a su visión favorable del mestizaje, hace heterogénea su posición respecto al discurso dominante, la cual se pierde en el contexto del siglo XX, en que la imagen del haitiano como el enemigo, el invasor sanguinario y primitivo domina el discurso nacional, especialmente en las

voces de Peña Batlle y Balaguer, quienes renuevan con fuerza el legado cultural y racial hispánico.

En el tercer capítulo, "La isla de senderos que se bifurcan: Jean Price-Mars y la historia de La Española", San Miguel conduce a los lectores, a semejanza del cuento de Jorge Luis Borges del que proviene su título, por el laberinto de la historia de La Española. Para ello, el autor establece un diálogo con la obra de Price-Mars, específicamente con *La República de Haití y la República Dominicana*. La lectura se introduce en la historia contada desde la orilla oeste de la isla, en esa gesta heroica en que Price-Mars convierte al discurso historiográfico. La narración de la lucha por la libertad, por la abolición de la esclavitud, se transforma en relato histórico y al mismo tiempo en el imaginario que da cuerpo a la identidad haitiana. Los ideales independentistas traspasan las fronteras para convertirse en un grito de emancipación que el pueblo haitiano, desde la perspectiva de Price-Mars, quiere llevar al resto de la isla y a toda la región. La libertad conlleva también una identidad, la del negro, y su reafirmación como ser humano.

A lo largo del capítulo, San Miguel va revelando cada bifurcación en el discurso historiográfico de Price-Mars que separa la historia de una y otra nación. El imaginario que engendra la identidad de cada uno de los pueblos se convierte en la frontera que los divide. La identidad dominicana, basada en la hispanidad como valor civilizador frente a la barbarie, se opone a la negritud, propia del pueblo haitiano, que rechaza al blanco y su cultura como símbolo de opresión. El preservar la libertad y llevarla más allá de la frontera, ideal que nutre el imaginario haitiano, es percibido como invasión por los dominicanos. San Miguel puntualiza la diferencia que, ante los mismos hechos, se erige en uno y otro discurso y que produce esos caminos que bifurcan la historia de la isla. El autor logra que su propio relato acceda, a partir de la diferencia y como en el cuento de Borges, a un nuevo espacio en que la confrontación de los discursos historiográficos dé paso a una ruta compartida, producto del diálogo.

En el cuarto capítulo, "Para contar la nación: memoria, historia y narración en Juan Bosch", San Miguel se aproxima a la obra de este destacado intelectual dominicano trascendiendo su hacer de historiador para acceder, por momentos, al análisis del crítico literario, pues analiza la obra de ficción y ensayística de Bosch como artefactos literarios, siguiendo nuevamente los postulados de White, cuyo contenido va a revelar la utopía, la nación imaginada y al mismo tiempo la nación que desea superar. El análisis de la primera parte de la obra de Bosch, su producción literaria de fic-

ción, revela una memoria selectiva que privilegia las experiencias de la infancia y el contacto con el medio rural que le permite, ya desde la perspectiva del intelectual, rescatar una forma de vida y unos valores con visión crítica. Para San Miguel, esta producción se encuentra sembrada de símbolos e imágenes cuyo significado se vuelve registro etnográfico de vivencias, cuadro gestor de esa oposición entre civilización y barbarie en la que se encuentra sumida la masa campesina, con lo que la obra de Bosch se acerca a la de otros pensadores latinoamericanos de la época.

La segunda parte de su producción narrativa, que corresponde a las obras históricas, revela un cambio. El paso de los relatos de ficción a los de corte historiográfico viene acompañado de un cambio de actores. De la solidaridad con el mundo agrario, se pasa a la solidaridad con la militancia política. El Estado aparece como uno de los actores fundamentales de esta producción narrativa. Modernidad, progreso, civilización y burguesía son los nuevos símbolos de este segundo momento de la obra de Bosch. El tono trágico anunciado en el primer capítulo de San Miguel se profundiza en esta última parte. La utopía de Bosch respecto a la nación por alcanzar y el fracaso de tal logro, esa arritmia a la que Bosch hace alusión, se representan a través de la narrativización del mito de los orígenes y de una edad de oro perdida por la serie de invasiones que sufre la mitad este de la isla. Estos textos históricos están impregnados de una visión trágica, de un destino cuyos hilos son manejados por fuerzas externas, creencia común a muchos pensadores latinoamericanos del momento.

San Miguel destaca la ironía de la interpretación de la historia dominicana de Bosch. La jerarquización social ha estado presente en su obra desde sus inicios. Su acercamiento a la masa campesina, su apropiación de una memoria y una oralidad en el discurso, no excluyen la presencia dentro de ese imaginario social de una clase moderna, una burguesía inexistente, cuya consolidación y evolución hubiesen permitido el desarrollo de la nación dominicana.

San Miguel ha logrado en esta obra dialogar con los clásicos, desconstruir su discurso historiográfico, develar sus fracturas y permitir que la voz de lo otro, de aquello silenciado, se deje escuchar. Pese a las repeticiones que el autor anticipa en el prefacio, los cuatro capítulos de la obra guardan una coherencia. Por momentos, el historiador se confunde con el fabulador-en este caso, con ese que quiere trascender las incongruencias y desencuentros de la historia y propiciar un nuevo discurso en que germine la semilla de la tolerancia.